

El mundo no era justo por mucho que a menudo intentara convencerse de lo contrario. Eso fue lo que pensó Cristina Quintana una de las últimas tardes de junio, cuando ya habían finalizado las clases y se disponía a disfrutar de dos largos meses de verano sin tocar un solo libro de texto.

Llegó a esa conclusión sentada en un banco de la avenida marítima de Playa del Hombre. Sorbía un polo de naranja que le manchaba los dedos al derretirse y, desde allí, a través de sus gruesos anteojos, distinguía a Raúl, su amigo de la infancia, que pisaba la misma avenida a un centenar de metros.

El chico ni siquiera la había visto. Estaba hipnotizado por el oleaje mientras a sus pies descansaba una tabla de surf que era más grande que él. Raúl apenas alcanzaba el metro cuarenta. Era el más pequeño de su clase, siempre fue así.

En el mar hacían surf unos muchachos. Toni el Negro sería uno de ellos.

El océano se había levantado salvaje. El viento era bueno y se dibujaban unas grandes olas que tentaban a los surfistas de la zona. Cualquiera diría que Raúl no entraba en el agua por miedo al oleaje. Sin embargo, Cristina sabía que eso no era cierto. Esa era su playa, Raúl se había criado allí. Probablemente, era el mejor surfista del

instituto, aunque nadie lo hubiera dicho contemplando su cuerpo algo fofo y, sobre todo, aquella piel blanca que se quemaba en cuanto se le olvidaba el protector pantalla total o se quitaba el traje de neopreno.

Cristina se acercó a su amigo sin que este se diera cuenta. El chico era capaz de encerrarse en sí mismo como una tortuga, sin advertir lo que ocurría a su alrededor. Eso le pasaba sobre todo cuando estaba enamorado o indignado, dos estados de ánimo que sufría a menudo.

Los cachetes del muchacho se enrojecían mientras observaba a los surfistas. Eso significaba que su ensimismamiento era fruto de la indignación y no del enamoramiento.

—¡Estás en otro mundo! —Lo sorprendió Cristina revolviéndole el cabello.

Su pelo era castaño y fino, como el de un niño pequeño. Aparentaba menos edad de la que tenía por su escasa estatura y por sus facciones redondeadas. Eso lo disgustaba. Era como si alguien le hubiera robado su auténtico cuerpo, uno quizá como el de Toni el Negro, bronceado por tantas horas de mar, y a cambio le hubiera dejado con aquel otro, que pertenecería más bien a un noruego o a un islandés y no a un muchacho que se crió en una playa.

—¡Cris, ni te vi llegar! —reconoció el muchacho volviéndose hacia su amiga.

—Claro que no, estabas mirando el mar. Hay buenas olas, ¿verdad?

—Las mejores en meses —dijo frustrado—, y esos las están dejando escapar. No saben ni elegirlos. Cabalgan las que menos merecen la pena.

Raúl carecía del físico de un buen surfista pero no de sus aptitudes; Cristiana Quintana no gozaba ni de lo uno ni de lo otro. Solo en contadas ocasiones acompañaba a sus amigos a coger olas y cuando lo hacía no se le daba demasiado bien. De hecho, sin Raúl a su lado era un auténtico desastre. Él le indicaba las olas que podía cabalgar y las que no. Sabía cómo iban a ser cuando el resto de los surfistas ni las intuían. En cierto modo era tan bueno por eso, porque sabía cuándo remar para coger una. Para Cristina las seleccionaba lentas y no demasiado grandes, calmas. Más que surfear, la chica paseaba sobre ellas.

—Es un milagro que tu madre te haya dejado salir ya —le comentó Cristina para cambiar de tema.

Era la primera vez que al chico le quedaba una materia para septiembre.

—Mi madre es que se apunta a bruta, porque por una no pasa nada. No me puedo quedar repitiendo con una. Pero no, mi madre eso no lo mira, sino que pone el acento solo en lo malo, en el maldito cuatro de Plástica.

—Al menos no te ha encerrado en casa, que es lo que Bárbara y yo pensamos que te iba a pasar. ¿Te ha puesto en libertad condicional o algo así, o es que te has fugado por la ventana?

—Me deja salir si voy a clases particulares. Eso sí, las clases me las hace pagar con mi dinero. Así que no solo voy a perder la paga de todo el verano, sino que hasta voy a tener que tirar de ahorros.

Cristina tuvo que reprimir una sonrisa. Fela, la madre de Raúl, era astuta como un zorro. Con un hijo como el

suyo no tenía más remedio, el muchacho era listo como una ardilla.

—Creo que tu madre es la única persona que puede contigo.

—Por desgracia, eso no siempre es cierto. Si no, habría aprobado Dibujo.

Raúl tenía fama de salirse con la suya. Desde pequeño era un niño con recursos. Nadie sabía lo listo que era el muchacho. De hecho, procuraba no destacar demasiado en clase. Estudiaba lo justo para sacar bienes y notables, y hasta hacía algunos problemas mal en Matemáticas para no resultar infalible. No quería ser un cerebritito ni un niño prodigio, no deseaba atraer miradas ni convertirse en la víctima de los abusos de la clase.

La Educación Plástica, sin embargo, se convirtió en un serio inconveniente ese curso porque trabajaron mucho dibujo artístico y no se le daba bien. Por más que se esforzó, no pudo aprobar ninguna evaluación y la materia le quedó para septiembre.

—¿Y dónde vas a encontrar una profesora de Plástica? No me suena que haya muchas. Profes particulares de Matemáticas, Física y Química, y hasta de Lengua y Sociales hay a montones, pero no de Plástica. Tendrás que ir a Las Palmas o algo así.

Playa del Hombre era una zona residencial sin demasiados servicios. Los supermercados y los restaurantes estaban a un buen paseo andando en las playas de Melnara o La Garita. Toda la costa de la ciudad de Telde se parcelaba en playas circundadas por barrios y unidas por una avenida marítima.

—Mi madre me ha encontrado una profesora, la madre de Lilith.

—Lilith... Lilith... ¿Qué Lilith?

—La de cuarto, la que llegó en mayo —le explicó, y solo entonces Cristina supo a quién se refería.

Era normal que ni siquiera pensara en ella a bote pronto, pues era de cuarto y Raúl y ella acababan de terminar primero. Los de cuarto no solían mezclarse con los de primero. A los ojos de los mayores ellos eran solo unos niños, bajitos e infantiles. Los de cuarto, más bien, se dedicaban a besarse por los pasillos, a presumir de haber salido de marcha los fines de semana y a preparar misteriosas acampadas.

—No sabía que su madre era profesora. ¿Cómo se enteró Fela de eso?

—Es que no lo es. Es pintora o algo así, mi madre la ayudó a alquilar la casa en la que viven.

Raúl señaló una de las casas de la costa, que tenía una piscina descubierta y un acceso directo a la playa. A Cristina y a Raúl les encantaba imaginarse viviendo en esos chalés. Ellos eran vecinos en unos pequeños apartamentos que en otra época se alquilaban a turistas y que luego se vendieron relativamente baratos, cuando las comunicaciones de la isla mejoraron y el turismo se trasladó aún más al sur, a la zona de Playa del Inglés y Maspalomas.

—¿Y si no es profesora, cómo va a darte clase?

—Eso mismo le ha dicho ella a mi madre, pero me da que Fela se ha puesto de pesada hasta que la ha convencido. Han tomado algún café juntas y mi madre la ayudó bastante en la mudanza cuando llegó. Debe ser solidaridad de madres solteras o algo así. Me imagino que

después de eso la madre de Lilith se siente comprometida. A mí me da igual, no creo que haya manera humana de que yo apruebe Dibujo con la «Urraca». Pero si yendo me dejan salir, pues por mí bien.

–Sí, es cierto, tampoco tienes demasiada elección.

–¡Así no, ahí no! –susurró Raúl de improviso, como si él mismo se encontrara dentro del agua–. ¡Serán idiotas!

Cristina observó cómo unos muchachos se ponían de pie en las tablas intentando cabalgar una ola que, de repente, se retorció sobre sí misma arrojando a los surfistas al mar.

–¡El arrecife! –gritó Cristina, que recordaba las instrucciones de Raúl cuando cogían olas en esa zona: «Salte de ahí, si te tira una ola vas a salir arañada como si te hubieras peleado con un gato».

Los surfistas, poco a poco, emergieron del agua y nadaron hasta la orilla después de recuperar sus tablas. Cristina no había tenido tiempo de contarlos antes de que la ola los tirara, pero Raúl sabía que eran cuatro. Los contó de nuevo y estaban todos.

Salieron palpándose el cuerpo, sobre todo la espalda, intentando localizar si sangraban en las zonas que les dolían. Eran Toni el Negro y sus amigos: David, Alejandro y Esteban. Esos cuatro siempre andaban juntos. Toni había estado en la clase de Cristina y Raúl desde segundo de Primaria. Había repetido ya aquel curso, y con la ristra de calabazas que había recogido hacía tan solo unos días era más que probable que lo hiciera de nuevo.

Los surfistas comenzaron a subir por la rampa de asfalto que daba acceso a la playa y que usaban los tractores de limpieza del ayuntamiento. En lo alto se encontraban

Raúl y Cristina. Ahora que se iban, Raúl podría meterse en el agua.

Toni subía con la tabla agarrada con las dos manos. La sostenía frente a su cara mientras examinaba la parte inferior de la misma. Se había roto y difícilmente le volvería a servir.

–Hola –saludó Cristina a los muchachos en cuanto pasaron cerca de ella. Raúl no hizo lo propio. No le caían bien, y con razón.

–¡Vaya! Si es el pequeño Raulito –le dijo Toni.

El muchacho no respondió, intentaba ignorarlo. Contestarle era aún peor.

–No empieces, Toni –se atrevió a decir Cristina. Con ella no se metían tanto porque siempre iba con Bárbara. A Bárbara nadie le tosía. Sin embargo, ahora su mejor amiga no estaba allí.

–¿Hace falta que te defienda una niñita, Raulito? –dijo Toni poniéndose delante del muchacho.

Los otros tres lo rodearon, como si fueran una jauría de perros.

–Déjame tranquilo, Toni, que no quiero problemas –protestó con las mejillas encendidas de ira, parándose frente al muchacho que le sacaba dos cabezas.

Toni tenía los brazos y la espalda arañada, trozos de piel rasgada aparecían aquí y allá. Se lo tenía merecido por no conocer la misma playa en la que llevaba cogiendo olas toda su vida. Era tonto hasta para eso.

–¿Qué vas a hacer con esa tabla, Raulito?

En un acto reflejo, Raúl intentó apresar su tabla, que se encontraba en el suelo; sin embargo, uno de los ami-

gotes de Toni lo empujó para que no lo hiciera, y en un santiamén el alto muchacho moreno sostenía la tabla en sus brazos.

–Bonita tabla. ¿Qué vas a hacer con ella?

–Dame eso.

–¿Tú crees que Raúl va a coger olas con esto? –le preguntó el matón a uno de sus compinches.

–No, no creo que la vaya a utilizar para nada. Raúl es demasiado pequeño para una tabla así. El surf no es para enanos, mejor que te compres un *bogie*.

–A lo mejor yo tengo uno de cuando tenía cuatro años que te podría dejar –se animó otro de los chicos.

–¡Que lo dejen en paz ya! –insistió Cristina, a la que habían dejado fuera del cerco dándole la espalda.

–Cállate, Peggy, esto no es asunto tuyo. ¡Cochinita! –le dijo Alejandro empujándola. Este era solo unos centímetros más bajo que Toni y bastante más corpulento.

–¡Que me des eso! –reclamó de nuevo Raúl intentando coger su tabla.

Sin embargo, recibió una patada certera en la boca del estómago de parte de Toni, que levantó la tabla sobre su cabeza al mismo tiempo.

El chico fue sorprendido y ni tiempo le dio a esquivarlo o a tensar el estómago para sufrir el golpe de mejor manera. Lo dejó sin respiración y le obligó a caer sobre su trasero.

–Lo que yo te diga, esta tabla es demasiado para ti. Te voy a hacer un favor quitándotela de encima. Alguien tan pequeñito como tú no debería intentar coger unas olas tan grandes.



Raúl intentó mascullar algo, pero le faltaba el aire, o quizá era que el miedo lo hacía enmudecer. Tal vez, simplemente, era lo suficientemente listo como para saber que no sacaría ya nada en claro de esa situación. Si insistía no haría más que llevarse nuevos golpes, y hasta cabía la posibilidad de que Cristina acabara en medio de la pelea y recibiera también un buen vapuleo. Ahora mismo la agarraban dos de los matones para que no saltara como una fiera sobre Toni el Negro. Los chicos la arrojaron a un lado y ella se acercó a él para ver cómo estaba.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, sí —pronunció Raúl con el alma por los suelos.

El Negro y sus compinches se retiraban llevándose su tabla.

Se levantó frotándose el estómago y mascullando improprios mientras se alejaba la panda de matones.

—Son unos capullos —se quejó Cristina—. Y no sé por qué Toni la tiene tan cogida contigo.

Raúl sí lo sabía. No se olvidaba de nada, tenía memoria de elefante. La aversión de Toni por él comenzó en cuarto de Primaria, cuando el profesor de Sociales hizo que se enfrentaran en una especie de debate. Los argumentos de Toni eran tan ridículos y sus opiniones tan infantiles que Raúl no pudo evitar avergonzarlo, evidenciando que aquel enorme niño por el que las chicas suspirarían años más tarde no era sino un cabeza de chorlito.

—¿Qué vas a hacer? Se lo decimos a tu madre, ¿no? Seguro que ella puede hablar con la de Toni para que te devuelva la tabla, o quizá lo denuncie a la policía. Seguro que no es la primera vez que Toni roba algo, ¿verdad?

–No, no se lo vamos a decir a nadie, Cristina –objetó Raúl–. Eso solo me crearía más problemas.

Se encontraba deprimido. Aventuraba un mal verano yendo a clases de Dibujo y sin la posibilidad de hacer surf por falta de una tabla. Ni siquiera podía invertir sus ahorros en comprar otra porque con ellos debía pagar a la madre de Lilith. Decididamente corrían malos tiempos para él.